

bautizado por vos, venis vos à que os bautice.” Pero Jesus, que queria regenerar la humanidad tanto por el ejemplo como por la palabra, y santificarla ántes en él, le dijo: “Déjame hacer ahora, pues así debemos cumplir toda justicia.” Despues de estas palabras, Juan no vaciló ya mas, y le bautizó en las aguas del Jordan, que fueron santificadas por el contacto del Salvador. Acabado el bautismo, salió Jesus del rio, y se puso en oracion. En aquel instante mismo abriéronse los cielos, y el Espíritu Dios en forma de paloma descendió sobre Jesus, y resonó una voz por las alturas: “Este es mi Hijo muy amado, en el cual tengo mis delicias.”

La imaginacion queda aquí como oprimida bajo el peso de tantos misterios. ¡Qué prodigioso contraste de abatimiento y de exaltacion! Lo que en concepto de Juan es del todo indecoroso al Hijo de Dios, lo llama una justicia y un deber que le conviene cumplir. ¡Qué! Ser bautizado como un pecador por un puro hombre, por aquel á quien él mismo habia santificado en el seno de su madre! No debe sorprendernos la admiracion de Juan, ni su repugnancia, ni sus esfuerzos para oponerse á Jesus. Mas en este santo combate vencerá la humildad del Salvador, y Juan se creará obligado á ceder por respeto.

Por lo demas, á Jesus no le da cuidado alguno el concepto que la multitud formará de su persona, ni ménos piensa en que el bautismo que va á recibir será una prevencion poco favorable á su mision divina, y que jamás se creará que quien así se confunde con los pecadores, sea el Santo de los santos. Ni aun le ocurre la idea que por esta accion desmiente, digámoslo así, el honorífico testimonio que en diversas ocasiones ha dado de él su Precursor. El representa á los pecadores, ha venido á pagar por ellos, y bajo este respecto, justo es que se humille, que se anonade. Lo concerniente á la manifestacion de su persona divina no le toca á él ahora; esto queda para su Padre: su negocio es glorificarle, abatiéndose, y dando de sí las mas humillantes ideas. Pero los cielos se rasgan de repente, y

se abren por primera vez á la tierra para inundarla de gloria. La voz del Eterno ha resonado en las alturas, y se deja oír de los hombres: las celestes cohortes descienden hasta la region de las nubes, para glorificar al Verbo Dios hecho hombre. ¡Qué testimonio tan brillante rinden de la divinidad de Jesucristo las dos otras personas de la adorable Trinidad! Lo preveia Jesus, mas como hombre no lo deseaba: no se humilló para procurársela; no se alegró de ello para sí mismo, y nada se atribuyó á sí de la gloria que le daba en el concepto de los que presentes se hallaban. Comparad este testimonio celestial, con los que Juan Bautista dió á Jesus, y con los que Jesus dió asimismo en otras ocasiones indispensables. ¡Qué diferencia en el aparato, en la magnificencia y en la impresion que debian producir! Del seno esplendoroso del trono del Padre desciende el Espíritu Dios visiblemente, y viene á posar sobre la cabeza de Jesucristo: el Padre habla, y declara con fuerte y majestuosa voz, que este hombre que acaba de abatirse hasta igualarse con los culpables, es muy querido Hijo, objeto de sus complacencias inmortales!

La comun opinion de las iglesias cristianas en Oriente y Occidente, es que el Hijo de Dios fué bautizado en el Jordan al fin del año trigésimo de su vida mortal, el sexto dia de Enero; y sobre esta tradicion antigua y universal se fundó una fiesta solemne reunida en Occidente á la adoracion de los Magos; pero que en Oriente no tiene mas objeto que el celebrar el bautismo del Señor. Tampoco está bien fijada la opinion acerca del lugar y la época de este suceso tan grandioso en los fastos de la religion. Pero es cierto, no obstante, que la ribera occidental del Jordan, un poco mas arriba de su embocadura, en el Mar Muerto, fué el teatro de la manifestacion del Hijo de Dios. Ademas, desde los primeros siglos del cristianismo, existia la íntima persuacion de que esta manifestacion gloriosa habia tenido lugar á cinco leguas mas allá del lago Asphaltite. Esta tradicion se conservó; Gregorio de Tours la refiere, y está consignada en las relaciones del tiempo de las Cruzadas, y los viajeros modernos la hallan establecida aún

en el país. La emperatriz Helena hizo edificar en el paraje designado un edificio religioso muchas veces derribado y restablecido, y destruido al fin. En aquel lugar se vió, durante mucho tiempo, una cruz de madera de la altura de un hombre, á cuyos piés corrian las hondas del mas santo de los rios.

A la ruidosa fama de los sucesos de Juan, los principales de entre los judíos sintieron nuevas inquietudes, y le mandaron una diputacion al lugar en donde se habia retirado, desde la otra parte del Jordan, para saber de su propia boca lo que era, porque estaban llenos los espíritus de la próxima venida del Mesías. “No soy yo el Cristo,” respondió.—“¿Quién sois, pues? ¿Sois tal vez Elías?—Porque es doctrina de las Escrituras que el profeta Elías vive todavía en la mansion á donde Dios le arrebató, y que vendrá en los últimos dias del mundo á volver á conducir los hijos de Israel á la verdad, y á desviar su cabeza del eterno anatema. “Tampoco soy Elías,” respondió el Precursor.—“¿Sois algun profeta?”—“No.”—“¿Pues quién sois? Decídnoslo, para que podamos dar la respuesta á los que nos han enviado. ¿Qué es lo que nos decís de voz mismo?”—Yo soy la voz del que clama en el desierto: Caminad rectos por las vias del Señor, segun las palabras del profeta Isaías.” Pues aquellos diputados eran de la secta orgullosa de los fariseos, que gozaba entre los judíos grande reputacion de ciencia y de piedad; pero realmente tenian ménos celo para conocer la verdad que envidia contra el que la proclamaba, cuya gloria eclipsaba la suya: no comprendieron, pues, ó aparentaron no comprender. “¿Por qué, pues, bautizais, le dijeron, si vos no sois ni el Cristo, ni Elías, ni profeta?” “Yo bautizo en el agua, les contestó el santo solitario; pero uno hay entre vosotros, á quien vosotros no conocéis, y que vendrá luego despues de mí.” Pero los enviados de la Sinagoga no querian abrir los ojos: los viejos poderosos no pueden sufrir que se les inquiete ó que se les desposeione: no consideran la institucion que ellos representan sino al través de su propia felicidad y de la gloria de su existencia, haciéndose sordos á las advertencias y á las amenazas del porvenir.

En la mañana siguiente, Juan, habiendo visto al Salvador que venia hácia él cerca del Jordan, en donde estaba bautizando judíos de la Galilea, dijo á la dócil multitud que le escuchaba: “Ved ahí el Cordero de Dios, ved ahí el que quita los pecados del mundo. Este es aquel de quien os he dicho: Despues de mí vendrá un hombre que fué hecho ántes de mí, y que existia ántes que yo naciese.” De este modo designaba al Redentor, que segun la humanidad era mas jóven, pero que segun su generacion divina era mas antiguo que él. “Para manifestarle en Israel he venido á bautizar en el agua. No le conocia yo; pero el que me dió una mision me dijo: Aquel sobre cuya cabeza vieres que desciende y posa el Espíritu Santo, es el que bautiza en el Espíritu Santo. Yo le he visto, y he dado testimonio que es el Hijo de Dios.” Este testimonio auténtico, preciso, fácil en ser demostrado, fué proclamado públicamente y repetidas veces por San Juan, y fué admitido y solemnemente reconocido por los apóstoles; por manera que los contemporáneos no pudieron ignorarlo, á causa de su resplandor, ni destruirlo, por motivo de su verdad. Así tambien muchos lo aceptaron, prestándole aquella fé generosa que conduce á la salud: algunos le dejaron pasar con indiferencia, creando en torno de sus almas tinieblas voluntarias, a fin de que no pudiese llegar hasta ellos la luz de la verdad: porque las pruebas de la religion son una naturaleza moral, precisamente porque se dirijen y tienen por fin el producir en nosotros una libre y racional adhesion, por lo cual no pueden ni deben tener el carácter de una evidencia matemática. De ahí proviene que están rodeadas de bastante oscuridad para que se saque de ahí un pretexto contra ellas, y de luz bastante para que no exija mas de ellas la atenta buena fé. De ahí viene que todas las protestas contra la divinidad del cristianismo parten originariamente del corazon] y no del entendimiento. Las verdades que aquel propone guardan tanta armonía con todos los sentimientos del corazon humano, que son hechas para ser amadas ántes que para ser conocidas; y el corazon que no las ama es porque se oponen á

sus extravíos, y se hace indigno de penetrar su espíritu, ni aun de conocerlas hasta el punto necesario para ser creídas.

Antes de su pasión y muerte, dió San Juan un último y brillante testimonio á la divinidad de Jesucristo. Hallábase en Ennon, pequeña aldea situada á tres leguas de Seythópolis, sobre las orillas del Jordan. Sus discípulos, ménos perfectos que él, no podían ver sin cierta secreta envidia el grande resplandor y fama que esparcía el nombre de Jesus, y trataron de inspirar á su maestro los mismos sentimientos que á ellos los animaban. "Maestro, le dijeron, aquel que estaba con vos á la otra parte del Jordan, y á quien vos disteis testimonio, ahora está bautizando, y todos acuden á él." Y les respondió Juan: "Nada puede atribuirse el hombre si no le es dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que he dicho: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él, como precursor suyo. El esposo es el que tiene la esposa. Mas el amigo del esposo, que está para asistirle y atender á lo que dispone, se llena de gozo con oír la voz del esposo. Mi gozo es, pues, ahora completo." Como si dijera: yo no soy mas que un amigo ó ministro de este esposo celestial, destinado, para avisar á su esposa que se prepare para recibirle, y debo alegrarme en lo que decís vosotros, que todos van en su seguimiento. Y continuó diciéndoles: "Conviene que él crezca y que yo mengüe. El que ha venido de lo alto es superior á todos. Quién trae su origen de la tierra, á la tierra pertenece y de la tierra habla. El que nos ha venido del cielo, supera á todos, y atestigua cosas que ha visto y oído, y con todo, casi nadie presta fé á su testimonio. Mas quien se ha adherido á lo que él atestigua, testifica con su fé que Dios es verídico. Porque éste á quien Dios ha enviado, habla las mismas palabra que Dios; pues Dios no le ha dado su espíritu con medida. El Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano. Aquel que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna; porque quien no dá crédito al Hijo, no verá la vida, sino al contrario, la ira de Dios permanece siempre sobre su cabeza." ¿Quién no encontrará una prueba de vera-

cidad y de buena fé en este noble desinterés y en esta constante abnegación de sí propio, si considera aquella orgullosa necesidad que sienten todos los maestros de no perder sus discípulos, y la envidiosa fiereza con que marcamos todas nuestras obras con el sello de la mas ardiente personalidad?

Pero por su parte tambien el Hijo de Dios dió un claro y magnífico testimonio de la santidad de Juan y de la alteza de su destino. Pues cuando Juan envió dos de sus discípulos á preguntar á Jesus si era el Mesías, hizo de él un elogio tan digno de la boca de un Dios, como de las virtudes eminentes de su Precursor querido.

Nada sabemos de la muerte de Elisabeth, madre de San Juan. Hemos indicado ya que, segun el testimonio de antiguos autores, aplicados á reunir las tradiciones de la Iglesia, así como María habia retirado á Egipto el niño Jesus para escapar de la crueldad de Heródes, asimismo Elisabeth habia huido de las orillas del Jordan á la soledad de los desiertos, para librar de la bárbara cuchilla del verdugo la cabeza amenazada de su hijo. Siguiendo este sentir, Elisabeth moriria sin duda en aquellos ignorados retiros. El día de su muerte no quedó grabado en la memoria de los hombres; pero su vida está escrita con caracteres de luz en el libro de la eternidad.

Ni es ménos difícil el fijar el fin de Zacarías, bien que graves autores le hayan confundido con el sacerdote del mismo nombre, que pereció de muerte violenta entre el templo y el altar, y de quien dijo el mismo Señor, que su sangre sería vengada con la sangre de Abel y de todos los justos heridos por manos impías. La tradicion atribuye esta muerte á Heródes; y aun se añade, que despues de esta trágica ejecucion, el cuerpo fué precipitado de lo alto de la roca en donde se levantaba el templo. Los miembros de la familia recojieron estos restos despedazados y todavía palpitantes, que pasaron mas tarde á poder de las iglesias cristianas. Zacarías descendia de Abdías, padre de la octava familia sacerdotal. Estas antiguas familias eran raras, y algunas de ellas se habian fijado en Persia despues del cautiverio.

Zacarías, que habia dudado hasta de la palabra de un ángel, no dudó un solo instante de la pureza sin mancha de María, cuando ésta fué á visitar á su prima Elisabeth; y si debiéramos dar crédito á una tradicion del Oriente, adoptada por graves doctores, habria defendido algun tiempo despues en el templo de Jerusalem la virginidad fecunda de María, y sellado con su sangre este animoso testimonio.

La natividad de San Juan Bautista se celebra en todo el universo desde los primeros siglos de la Iglesia, como uno de los principales acontecimientos de la religion. Los santos son en el órden moral y religioso lo que son los héroes y los grandes hombres en la historia de las sociedades políticas; pero hay además sus grados en todas estas glorias de la tierra y del cielo; no todos los hombres inspiran igual amor ni imponen el mismo respeto. El mayor entre los nacidos de mujer, así llamado por la boca de la misma Verdad eterna, el ángel enviado al mundo para prepararle los caminos; aquel profeta y mas que profeta, en quien habia de terminar la era de las esperanzas y de las profecías para empezar el reino de Dios sobre la tierra; aquel cuyo nacimiento habia de llenar de gozo al universo, el visitado y santificado por el Verbo Dios, aun estando en el seno materno, es el héroe sin igual, cuyo ilustre ministerio y el testimonio que estaba llamado á dar al Hijo de Dios, le señalan en la veneracion de los siglos el primer rango, despues de la mas augusta de las criaturas. La Iglesia tiene destinado un dia para celebrar su nacimiento, honor reservado al Hijo de Dios y á su Santísima Madre; pues de ningun otro santo se celebra el nacimiento sino de San Juan Bautista, porque el mismo nacimiento fué santo, y origen de un santo gozo. Juan, como Isahac y Samuel, fué hijo de una estéril, y su natividad fué ya un portento, en el que su padre no quiso creer cuando se lo anunció el ángel, y quedó privado de la palabra en castigo de su poca fé. Un mensajero celeste anuncia la futura concepcion del Precursor. El cielo quiere preparar á la tierra para la venida del que ha de santificarla, y Juan, dechado de

inocencia, de mortificacion y humildad, es el astro matutino que aparece en el cielo, coronado del brillante crepúsculo del sol de las inteligencias que va luego á aparecer. Las dos madres se visitan, y admiran cada una en sí misma un prodigio; los dos hijos, niños extraordinarios, se saludan y saltan de placer ántes aún de ver la luz; el Altísimo derrama torrentes de gracias sobre la casa de Elisabeth; y el niño Juan, ántes ya de haber nacido, se vé casi nivelado á la altura del Niño Dios. Todas las bendiciones descienden sobre el niño; cuando Zacarías, el padre afortunado, arrojado por un raptó profético, bendice al Dios de Israel en la persona de su hijo, y pronunciando la rehabilitacion y el immortal triunfo de la casa real de David, hasta entónces abatida y humillada, predice el cumplimiento de la gran alianza de Dios con el hombre, simbolizada en la promesa hecha á Abraham, y el nuevo reinado de la santidad, de la justicia y del amor. Tú, hijo mio, estás destinado para profeta y precursor del Salvador del mundo; tú marcharás delante de Él allanándole el camino, y dispondrás los pueblos para recibirle: tú enseñarás á los culpables la ciencia de la salvacion y del arrepentimiento. En efecto, este niño ha de ser anticipadamente el preceptor con su ejemplo de las virtudes cristianas, ántes que aún que Jesucristo empiece su predicacion, la penitencia y el dolor, la mortificacion de los sentidos y aquel llanto que en adelante debia desarmar la indignacion divina. Y aunque su voz se pierda en el Desierto, tierno en años pero grande en espíritu, cubierto de piel de animales y alimentándose de yerbas, anunciará en sí mismo la próxima trasformacion del mundo por el Mesías, de quien es digno Precursor. Prescindamos ahora de los prodigios de la vida del mártir, y no desviemos la vista del grande nacimiento que celebra la Iglesia, y con ella los mismos gentiles, los turcos y pueblos orientales, simbolizando con la llama del regoeijo este acontecimiento extraordinario del hombre que debia brillar y arder como lumbrera en la plenitud de los siglos.

Los judíos ponian á San Juan Bautista muy superior á Jesucristo, porque habia pasado su vida en el Desierto, y era hijo de

un gran sacerdote. Jesueristo, al contrario, nacido de una pobre mujer, les parecia un hombre comun. Los musulmanes han conservado una grande idea de San Juan Bautista, á quien llaman *Jahia ben Zacaria*, Juan hijo de Zacarías. Saadi, en su *Gulistan* hace mencion del sepulcro de San Juan Bautista, venerado en el templo de Damasco: en él hacia sus oraciones, y refiere las de un rey árabe que fué allí en peregrinacion. El califa Abdal Malek quiso comprar esta iglesia á los cristianos; pero habiendo rehusado éstos la cantidad de mil *dinars* ó doblas de oro que les ofrecia, se apoderó de la misma.

Es tan antigua la institucion de esta solemnidad, que segun el águila de los doctores, la celebraban ya los fieles de su tiempo como de tradicion apostólica, distinguiéndose entre todas en pompa y magestad, siendo la primera, despues de las fiestas de la Redencion. El concilio de Agda, celebrado en el año 506, la pone por una de las mas principales despues de la Pascua, Navidad, Epifanía, Pentecostés y Ascension; ni es ménos antigua que la misma fiesta la solemnidad de su vigilia, pues para disponerse á ella instituyó el concilio de Salgunstad un ayuno de catorce dias.

La visita que la Santa Virgen hizo á su parienta Elisabeth, encerraba algo mas que un simple deber de urbanidad; y la iglesia quiso renovar todos los años su memoria por la institucion de una fiesta particular, que se celebra el segundo dia de Julio. Esta fiesta era solemnizada con el mayor júbilo en Oriente desde los primeros tiempos del cristianismo, pero no fué enteramente establecida en Occidente hasta el siglo XIV, para alcanzar, por intercesion de la Virgen María, la extincion del cisma que desolaba la Iglesia.

Observa un autor religioso, que la bienaventurada hija de Joaquin se habia apresurado y puesto toda diligencia para ir á visitar á su prima Elisabeth, pero que se volvió lentamente. Aunque no aparezca una certitud histórica para este aserto, no faltan para apoyarlo razonables conjeturas. María se hallaba ya mucho mas avanzada de su embarazo, y hubiera sido peligrosa toda precipita-

cion. Además, tal vez, como el pájaro de los mares, tenia el presentimiento de las borrascas.

Nadie ignora, por fin, que esta visita de María á Elisabeth ha suministrado á la mayor parte de los grandes pintores, un asunto en el cual su génio ha parecido complacerse: el nombre de la Santa Madre de Dios ilumina al génio, así como dá alas á la piedad. Debe citarse sin duda á Rafael en primer lugar, tratándose de un cuadro en que entra la Virgen; tanto mas, en cuanto Elisabeth ha tomado mas de una vez bajo su magnífico pincel un carácter admirable. Miguel Angel ha tratado tambien este asunto á su manera grande y sublime, y Rubens ha hecho de él una notable composicion. Al lado de estas maravillas la Francia puede poner sin mucha inferioridad los cuadros de Lebrun, de Mignard, y el de Jouvenet, que adorna el coro de Nuestra Señora de Paris, ofreciendo la particularidad de haber sido pintado con la mano izquierda, pues el artista tenia paralizada la derecha.

El asunto es maravilloso. El pudor casto y santo que asoma en el semblante de María, su modestísima actitud, aquella alegría celeste y tímida de que está llena su alma y que reboza en lo exterior, forma precioso juego con los ojos penetrantes con que su santa prima parece que está leyendo lo que pasa en el corazon de María. En ésta despunta aquella inocencia que jamás ha conocido el rubor, porque nunca perdió la gracia, mezclada de aquella dignidad natural á su alma sublime y colmada de bendiciones. Elisabeth, manifiesta á la vez en su risueño semblante un asomo de rubor, la alegría y el respeto; las dos felices maternidades se penetran de un modo asombroso, y el pincel puede reflejar en sus fisonomías algo de los misterios gloriosos y augustos que encierran en sus entrañas.